





ASSASSIN'S
CREED
RENAISSANCE





Oliver Bowden

ASSASSIN'S
CREED
RENAISSANCE

Traducción de Isabel Murillo

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Bowden, Oliver

Assassin's Creed : Renaissance . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo: La Esfera de los Libros, 2013.
400 p. : 23x15 cm.

Traducido por: Isabel Murillo
ISBN 978-950-02-0771-3

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Murillo, Isabel, trad. II. Título
CDD 823

Assassin's Creed. Renaissance
Título original: *Assassin's Creed. Renaissance*
Edición original: Penguin Group, London, 2009
© Oliver Bowden, 2009
© Ubisoft Entertainment
© De la traducción: Isabel Murillo, 2010
© La Esfera de los Libros, S. L., 2010

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina, el Caribe y EE. UU.
Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España
© 2013, Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición en España: septiembre de 2010
1ª edición en Argentina: noviembre de 2013

ISBN 978-950-02-0771-3

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Mientras creía que aprendía a vivir,
había estado aprendiendo a morir.

LEONARDO DA VINCI





La Italia del Renacimiento





Las antorchas brillaban y titilaban en lo alto de las torres del Palazzo Vecchio y el Bargello, y tan sólo unos pocos farolillos destellaban en la plaza de la catedral, algo más hacia el norte. Algunos más iluminaban los muelles a lo largo de las orillas del río Arno donde, por tarde que fuera para una ciudad en la que la mayoría de la gente se retiraba a su casa con la llegada de la noche, se distinguían entre la penumbra unos cuantos marineros y estibadores. Algunos de los marineros trabajaban aún en sus barcas y botes, apremiados para llevar a cabo las últimas reparaciones de los aparejos y enrollar debidamente los cabos sobre las cubiertas oscuras y recién fregadas, mientras que los estibadores se apresuraban arrastrando o cargando bultos para encerrarlos en la seguridad de los almacenes cercanos.

También en las tabernas y los burdeles centelleaban las luces, pero muy poca gente rondaba por las calles. Habían transcurrido siete años desde que Lorenzo de Medici, que por aquel entonces contaba veinte años, fuera elegido para gobernar la ciudad, trayendo con él al menos cierta sensación de orden y tranquilidad a la intensa rivalidad reinante entre las principales familias de banqueros y mercaderes que habían convertido Florencia en una de las ciudades más ricas del mundo. A pesar de ello, la ciudad no había dejado de estar en constante ebullición, pues las facciones luchaban sin cesar por hacerse con el control, algunas de ellas cambiando sus alianzas, otras manteniéndose siempre como enemigos eternos e implacables.

Florencia, en el año del Señor de 1476, incluso en una noche de primavera impregnada por el dulce olor del jazmín, cuando casi

era posible olvidar el hedor del Arno si el viento soplaba en la dirección adecuada, no era el lugar más seguro para pasear después de la caída del sol.

La luna había aparecido en un cielo azul cobalto, dominándolo por encima de una multitud de estrellas que lo acompañaban. Derramaba su luz sobre la plaza donde el Ponte Vecchio, sus abarrotadas tiendas a oscuras y en silencio ahora, se unía con la orilla norte del río. Su luz descubrió también una figura vestida de negro, de pie sobre el tejado de la iglesia de Santo Stefano al Ponte. Un joven, de tan sólo diecisiete años, pero alto y orgulloso. Examinando con concentración la vecindad, se llevó una mano a la boca y silbó, un sonido leve pero penetrante. Como respuesta, primero uno, luego tres, después una docena, y por fin un mínimo de veinte hombres, jóvenes como él, vestidos de negro en su mayoría, algunos con capuchas o sombreros de color rojo sangre, verde o azulón, todos con espadas y dagas al cinto, emergieron de las oscuras calles y arcadas para congregarse en la plaza. La banda de jóvenes de peligroso aspecto se desplegó en abanico, sus movimientos seguros y arrogantes.

El joven bajó la vista hacia las caras de impaciencia, pálidas bajo la luz de la luna, que lo miraban. Levantó el puño por encima de la cabeza a modo de desafiante saludo.

—¡Permaneceremos unidos! —gritó, y también ellos levantaron el puño, algunos desenfundando sus armas y blandiéndolas, y vitorearon:

—¡Unidos!

El joven descendió a toda velocidad, como un gato, por la fachada inacabada, desde el tejado al pórtico de la iglesia, y desde allí saltó, su capa volando, para aterrizar de cuclillas y sin problemas en medio de todos ellos. Se congregaron a su alrededor, expectantes.

—¡Silencio, amigos míos! —Levantó la mano para acallar un único y solitario grito. Sonrió con gravedad—. ¿Sabéis por qué os he congregado aquí esta noche, a vosotros, mis más íntimos aliados? Para pedir os ayuda. He permanecido demasiado tiempo en silencio mientras nuestro enemigo, ya sabéis a quién me refiero, Vieri de Pazzi, ha recorrido esta ciudad difamando a mi familia,

arrastrando nuestro nombre por el fango e intentando a su patética manera degradarnos. En condiciones normales no me rebajaría a arrearle un puntapié a un perro callejero sarnoso como ése, pero...

Se vio interrumpido en el momento en que una piedra grande, dentada, lanzada desde el puente, aterrizó a sus pies.

—Acaba ya con tus tonterías, *grullo* —gritó una voz.

El joven se volvió junto con su grupo, como si fueran una única persona, en dirección a la voz. Ya sabía a quién pertenecía. Cruzando el puente desde el sur se acercaba otra banda de jóvenes. Su líder pavoneándose en cabeza, su capa roja, sujeta por un broche adornado con delfines dorados y cruces sobre un fondo azul, cubriendo el traje de terciopelo negro, la mano en la empuñadura de su espada. Era un hombre aceptablemente atractivo, su aspecto desfigurado por una boca cruel y una débil barbilla, y aun estando algo grueso, la fuerza de sus brazos y piernas quedaba fuera de toda duda.

—*Buona sera*, Vieri —dijo el joven sin alterarse—. Justo en este momento estábamos hablando de ti. —Y realizó una reverencia con exagerada cortesía, adoptando simultáneamente una expresión de sorpresa—. Pero debes perdonarme. No te esperábamos personalmente. Creía que los Pazzi siempre contrataban a otros para que les hiciesen el trabajo sucio.

Vieri, acercándose, se enderezó cuando él y su tropa se detuvieron a unos metros de distancia.

—¡Ezio Auditore! ¡Eres un cachorrillo mimado! Yo diría más bien que es tu familia de chupatintas y contables la que siempre acude corriendo a la guardia en cuanto atisba el más débil signo de problemas. *Codardo!* —Sujetó con fuerza la empuñadura de la espada—. Te da miedo tratar la situación, diría yo.

—Qué quieres que te diga, Vieri, *ciccione*. La última vez que la vi, tu hermana Viola parecía bastante satisfecha con el trato que le di. —Ezio Auditore regaló a su enemigo una amplia sonrisa, feliz al oír las risillas disimuladas de sus compañeros a sus espaldas.

Pero sabía que había ido demasiado lejos. Vieri estaba ya rojo de rabia.

—¡Ya es suficiente, estúpido! ¡Veamos si sabes pelear tan

bien como farfullas! —Giró la cabeza en dirección a sus hombres, levantó la espada y vociferó—: ¡Matad a estos bastardos!

Acto seguido otra piedra empezó a dar vueltas por el aire, pero esta vez no era un desafío. Le dio a Ezio un golpe oblicuo en la frente, abriéndole una herida sangrante. Ezio se tambaleó por un instante mientras los seguidores de Vieri lanzaban una tormenta de piedras. Sus hombres apenas tuvieron tiempo de reponerse antes de tener encima a la banda de Pazzi, que corrió por el puente para abalanzarse sobre Ezio y sus hombres. Tuvieron la pelea encima tan de repente que apenas les dio tiempo a blandir las espadas, y mucho menos las dagas, de modo que ambas bandas se enfrentaron de entrada sólo con los puños.

La batalla fue dura e inexorable: brutales patadas y puñetazos conectados con el mareante sonido de huesos rotos. Durante un rato podría haberse decantado en cualquiera de los dos sentidos, pero entonces Ezio, su visión ligeramente afectada por la sangre que manaba de su frente, vio a dos de sus mejores hombres dar un paso en falso, caer y ser pisoteados por los matones de Pazzi. Vieri se echó a reír y, cerca de Ezio, se dispuso a atizarle un nuevo golpe en la cabeza con una piedra de gran tamaño. Ezio se puso en cuclillas y esquivó el golpe, pero el peligro había estado demasiado cerca como para sentirse tranquilo y ahora la banda de Auditore estaba llevándose la peor parte. Ezio consiguió, antes de incorporarse del todo, extraer su daga y acuchillar, ciegamente pero con éxito, el muslo de un robusto secuaz de Pazzi que lo amenazaba con su espada y su daga desenfundadas. La daga de Ezio atravesó tejido, músculo y tendón y el hombre exhaló un aullido de agonía y cayó doblado, soltando sus armas y llevándose ambas manos a una herida de la que no cesaba de brotar sangre.

Luchando desesperadamente por ponerse en pie, Ezio miró a su alrededor. Vio que los Pazzi habían rodeado a sus hombres, que los habían acorralado contra una pared de la iglesia. Notando que sus piernas recuperaban las fuerzas, se encaminó hacia sus compañeros. Esquivó el filo cortante de otro esbirro de Pazzi y consiguió conectar un puñetazo a la barbuda mandíbula de aquel tipo. Tuvo la satisfacción de ver volar unos cuantos dientes y a su oponente

caer de rodillas, aturcido por el golpe. Gritó a sus hombres dándoles ánimos, aunque en realidad sus pensamientos estaban centrados en encontrar la manera de batirse en retirada con la máxima dignidad posible. En aquel momento, superando el estruendo de la pelea, escuchó una voz potente, jovial y muy familiar que le llamaba desde detrás de la banda de Pazzi.

—Hola, *fratellino*, ¿en qué demonios te has metido?

El corazón de Ezio dio un vuelco de alivio y consiguió decir, con voz entrecortada:

—¡Hola, Federico! ¿Qué haces aquí? ¡Creía que estarías de juerga, como siempre!

—¡Tonterías! Sabía que tenías algo planeado y he decidido venir a ver si mi hermanito había aprendido por fin a cuidarse solo. ¡Pero me parece que aún te quedan por aprender un par de lecciones!

Federico Auditore, unos años mayor que Ezio y el mayor de los hermanos, era un hombre grande con un gran apetito... de bebida, de amor y de batalla. Esquivó golpes mientras hablaba, hizo chocar un par de cabezas de los Pazzi y levantó el pie para atizarle una patada en la mandíbula a un tercero mientras se abría paso entre la multitud para acercarse a su hermano, insensible a la violencia que reinaba a su alrededor. Sus hombres, animados, redoblaron esfuerzos. Los Pazzi, por otro lado, estaban desconcertados. Unos cuantos trabajadores de los muelles se habían congregado a cierta distancia para mirar, y en la penumbra reinante los Pazzi los confundieron con refuerzos de los Auditore. Eso, junto con los rugidos y los puños voladores de Federico, sus acciones rápidamente emuladas por Ezio, que aprendía a toda velocidad, acabó provocando el pánico entre ellos.

La voz furiosa de Vieri de Pazzi se alzó por encima del tumulto general.

—¡Retirada! —gritó a sus hombres, su voz rota por el agotamiento y la rabia.

Captó la mirada de Ezio y gruñó una inaudible amenaza antes de desaparecer en la oscuridad, de camino hacia el Ponte Vecchio, seguido por aquellos de sus hombres que aún podían caminar, y perseguido acaloradamente por los ahora triunfantes aliados de Ezio.

Ezio a punto estuvo de seguirlo también, pero la carnosa mano de su hermano lo retuvo.

—Espera un momento —dijo.

—¿Qué quieres decir? ¡Están huyendo!

—Tranquilízate.

Federico, con mala cara, tocó con delicadeza la herida de la frente de Ezio.

—No es más que un rasguño.

—Me parece que es más que eso —decidió su hermano, una expresión seria en su rostro—. Mejor que te vea un médico.

—No tengo tiempo que perder visitando médicos —le espetó Ezio y añadió—: Además... —Se interrumpió aun sin quererlo—. No tengo dinero.

—¡Ja! Lo has desperdiciado en vino y mujeres, supongo. —Federico sonrió y le dio una cariñosa palmada a su hermano en el hombro.

—No lo he desperdiciado exactamente, diría. Y mira el ejemplo que *tú* acabas de darme. —Ezio sonrió, pero a continuación vaciló. De pronto se dio cuenta de que la cabeza le latía con fuerza—. Me imagino que no pasa nada si me miran la herida. ¿Me puedes prestar unos cuantos *fiorini*?

Federico acarició su bolsa. No emitió ningún tintineo.

—La verdad es que en estos momentos voy un poco escaso —dijo.

Ezio sonrió ante la timidez vergonzosa de su hermano.

—¿Y en qué te lo has gastado? En misas e indulgencias, me imagino.

Federico se echó a reír.

—De acuerdo. Ya veo por dónde vas —asintió Ezio.

Miró a su alrededor. Al final, sólo tres o cuatro de los suyos habían resultado lo bastante malheridos como para seguir todavía en el campo de batalla y estaban incorporándose, refunfuñando un poco, pero sonriendo también. Había sido una pelea dura, pero nadie se había roto ningún hueso. Por otro lado, más de media docena de esbirros de Pazzi yacían completamente noqueados, y como mínimo un par de ellos iban vestidos con caros ropajes.

—Veamos si nuestros enemigos caídos tienen alguna riqueza que compartir —sugirió Federico—. Al fin y al cabo, nuestra necesidad es mayor que la suya. ¡Y te apuesto lo que quieras a que no puedes aligerarles la carga sin despertarlos!

—Eso ya lo veremos —dijo Ezio, y se puso manos a la obra con bastante éxito.

En cuestión de pocos minutos había recogido monedas de oro suficientes como para llenar sus dos bolsas. Ezio miró triunfante a su hermano e hizo tintinear su recién cosechada fortuna para subrayar su gesta.

—¡Ya hay bastante! —gritó Federico—. Mejor que les dejemos algo para que vuelvan cojeando a su casa. De hecho, no somos ladrones... Esto no es más que un botín de guerra. Y sigue sin gustarme la pinta de esta herida. Tenemos que ir volando a que te la miren.

Ezio asintió y se giró para ver una última vez el terreno donde los Auditore acababan de conseguir una victoria. Perdiendo la paciencia, Federico posó una mano en el hombro de su hermano menor.

—Vamos —dijo, y sin más dilación echó a andar a un ritmo que a Ezio, debilitado por la batalla, le costaba seguir, aunque cuando se quedaba muy retrasado o tomaba el callejón equivocado, Federico esperaba o corría para dirigirlo en la dirección correcta—. Lo siento, Ezio. Lo único que quiero es llegar al médico lo antes posible.

Y, de hecho, no estaba lejos, pero Ezio se sentía más cansado a cada minuto que pasaba. Al final llegaron a una estancia en penumbra, decorada con instrumentos misteriosos y frascos de latón y cristal, dispuestos encima de mesas de roble oscuro y colgados del techo junto con racimos de hierbas secas, donde el médico de la familia tenía su consulta. Ezio ya no podía tenerse en pie.

Al *dottore* Ceresa no le gustaba que lo despertaran en plena noche, pero su mal humor se tornó en preocupación en cuanto acercó lo bastante una vela para examinar con detalle la herida de Ezio.

—Hmmm... —dijo muy serio—. Vaya desastre que tenemos aquí, joven. ¿Acaso tu gente no tiene nada mejor que hacer que andar por ahí peleando constantemente?

—Era una cuestión de honor, buen doctor —intervino Federico.

—Ya entiendo —dijo el doctor sin alterarse.

—En realidad no es nada —dijo Ezio, aún sintiéndose débil.

Federico, que como siempre disimulaba con la ayuda de buen humor su preocupación, dijo:

—Hacedle un parche de lo mejorcito, amigo. Esa cara tan linda es lo único que tiene.

—¡Oye, *fottiti!* —replicó Ezio, levantando el dedo medio en dirección a su hermano.

El doctor les ignoró, se lavó las manos, exploró con cuidado la herida y empapó un paño con un líquido transparente de una de las muchas botellas que tenía. Limpió la herida con la solución y escocía de tal manera que Ezio a punto estuvo de saltar de la silla, su cara contorsionada por el dolor. A continuación, con la herida ya limpia, el doctor tomó una aguja y la enhebró con hilo fino de tripa.

—Muy bien —dijo—. Esto dolerá de verdad, un poco.

Una vez realizados los puntos de sutura y vendada la herida de tal modo que Ezio parecía un turco con turbante, el médico sonrió para animarlo.

—Serán tres *fiorini*, por ahora. Iré a tu *palazzo* en unos días y te quitaré los puntos. Eso serán tres *fiorini* más a pagar entonces. Tendrás un dolor de cabeza terrible, pero pasará. Intenta descansar... ¡aunque no sea lo tuyo! Y no te preocupes: la herida parece peor de lo que es en realidad. Y hay incluso un beneficio añadido: no tendría que quedarte cicatriz, de modo que en el futuro no creo que defraudes mucho a las damas.

De nuevo en la calle, Federico rodeó con el brazo a su hermano menor. Extrajo una petaca del bolsillo y se la ofreció a Ezio.

—No te preocupes —dijo, percatándose de la expresión de Ezio—. Es la mejor *grappa* de padre. Mejor que la leche materna para un hombre en tu estado.

Bebieron los dos, el potente líquido calentando su interior.

—Vaya nochecita —dijo Federico.

—Ni que lo digas. Sólo me gustaría que fuesen todas tan divertidas como... —Pero Ezio se interrumpió al ver que su hermano empezaba a sonreír de oreja a oreja—. ¡Oh, espera! —se corrigió, riendo—. ¡Lo son!

—Incluso así, me parece que un poco de comida y bebida no estaría mal para que te repusieses antes de volver a casa —dijo Federico—. Es tarde, lo sé, pero por aquí cerca hay una taberna que no cierra hasta la hora de desayunar y...

—¿Y tú y el *oste sois amici intimi*?

—¿Cómo lo has adivinado?

Cerca de una hora después, tras una comida a base de *ribollita* y *bistecca*, regada con una botella de Brunello, Ezio se sentía como si no hubiera resultado herido. Era joven y estaba en forma, y tenía la sensación de haber recuperado toda la energía perdida. La adrenalina de la victoria sobre la banda de los Pazzi contribuyó sin lugar a dudas a la rapidez de su recuperación.

—Hora de volver a casa, hermanito —dijo Federico—. Seguro que padre estará preguntándose dónde estamos, y tiene decidido que seas tú quien le ayude con el banco. Por suerte para mí, no tengo cabeza para los números, razón por la cual me imagino que se muere de ganas de meterme en política.

—En política o en el circo... por tu manera de comportarte.

—¿Cuál es la diferencia?

Ezio sabía que Federico no le guardaba rencor por el hecho de que su padre confiara más en él que en su hijo mayor para llevar el negocio familiar. Federico se moriría de aburrimiento si tuviera que enfrentarse a una vida en la banca. El problema estaba en que Ezio tenía la sensación de que a él podría sucederle lo mismo. Pero de momento, la hora de enfundarse el traje de terciopelo negro y la cadena de oro de los banqueros florentinos quedaba aún bastante lejos, y estaba decidido a disfrutar al máximo sus días de libertad e irresponsabilidad. Poco se imaginaba lo breves que iban a ser esos días.

—Mejor que nos demos prisa —estaba diciendo Federico—, si queremos evitar una bronca.

—Debe de estar preocupado.

—No..., sabe que nos apañamos muy bien solos. —Federico lanzó a Ezio una mirada inquisitiva—. Pero mejor que fuéramos tirando. —Hizo una pausa—. ¿No te apetece una apuesta? ¿Una carrera, quizás?

—¿Hasta dónde?

—¿Qué te parece...? —Federico cruzó con la mirada la ciudad iluminada por la luz de la luna hasta alcanzar una torre no muy alejada—. El tejado de Santa Trinità. Si no es demasiado para ti... y no queda lejos de casa. Pero sólo una cosa más.

—Dime.

—No correremos por las calles, sino por los tejados.

Ezio respiró hondo.

—De acuerdo. Ponme a prueba —dijo.

—De acuerdo, pequeño *tartaruga*. ¡Vamos!

Sin decir ni una palabra más, Federico se puso en marcha y escaló un muro enlucido con la misma facilidad con la que lo habría hecho una lagartija. Se detuvo al llegar arriba, balanceándose casi entre las tejas rojas, rio y continuó su marcha. Cuando Ezio llegó a los tejados, su hermano le había sacado veinte metros de ventaja. Inició la persecución, su dolor olvidado gracias a la excitación y a la adrenalina. Vio que Federico daba un todopoderoso salto por encima de un vacío negro como boca de lobo y aterrizaba sin problemas en el tejado plano de un *palazzo* gris que quedaba algo por debajo del nivel del tejado anterior. Corrió un poco más y esperó. Ezio experimentó un destello de miedo al ver el abismo que se abría ante él, con la calle ocho pisos más abajo, pero tenía claro que antes morir que vacilar frente a su hermano, de modo que, armándose de valor, dio un impresionante salto de fe viendo, mientras volaba, los adoquines de duro granito brillar bajo la luz de la luna mucho más allá de sus pies agitándose en el aire. Durante una décima de segundo se preguntó si habría calculado bien, pues la dura pared gris del *palazzo* parecía estar elevándose delante de él, pero entonces, sin saber muy bien cómo, el muro se hundió y se encontró en el otro tejado, espatarrado, eso sí, pero todavía en pie, y eufórico, aunque respirando con dificultad.

—Hermanito, aún te queda mucho que aprender —bromeó Federico, poniéndose de nuevo en movimiento, una sombra veloz entre las chimeneas y bajo las nubes dispersas. Ezio echó a correr, vencido por el desenfreno del momento. Se abrían bajo sus pies otros abismos, algunos de ellos simples callejones, otros, amplias vías públicas. A Federico no se le veía por ningún lado. De pronto se alzó ante él la torre de Santa Trinità, erigiéndose

por encima de la superficie roja del tejado en ligera pendiente de la iglesia. Pero al aproximarse recordó que la iglesia estaba situada en medio de una plaza, y que la distancia entre su tejado y los de los edificios cercanos era mucho mayor que cualquiera que hubiera superado hasta el momento. Se atrevió a no dudar ni a perder velocidad; su única esperanza era que el tejado de la iglesia estuviera más bajo que aquel desde el que tuviera que saltar. Si conseguía tomar velocidad suficiente, y lanzarse en el aire, la gravedad haría el resto. Volaría como un pájaro durante un par de segundos. Alejó de su mente cualquier idea relacionada con las consecuencias de un posible fallo.

El extremo del tejado en el que se encontraba se acercaba deprisa, y entonces... nada. Surcó los cielos, escuchando el aire silbando en sus oídos, haciéndole llorar los ojos. El tejado de la iglesia parecía estar a una distancia infinita, nunca conseguiría llegar a él, nunca volvería a reír, ni a luchar, ni a tener una mujer entre sus brazos. No podía respirar. Cerró los ojos, y entonces...

Su cuerpo se dobló, estaba estabilizándose con las manos y los pies, pero los tenía de nuevo en suelo firme. ¡Lo había conseguido, a escasos centímetros del borde, pero había conseguido plantarse en el tejado de la iglesia!

Pero ¿dónde estaba Federico? Se encaramó a la base de la torre y se volvió para observar el camino por donde había venido, justo a tiempo para ver a su hermano volando por los aires. Federico aterrizó con firmeza, pero el peso de su cuerpo desplazó un par de tejas de arcilla roja y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando las tejas resbalaron tejado abajo hasta caer y hacerse añicos unos segundos después sobre los duros adoquines del suelo. Pero Federico recuperó enseguida el equilibrio y se enderezó, jadeando, evidentemente, pero con una amplia sonrisa de orgullo reflejada en su rostro.

—Veo que al final no eres un *tartaruga* —dijo, acercándose para darle a Ezio una palmada en el hombro—. Me has adelantado como un rayo.

—Ni siquiera me había enterado de que lo había hecho —dijo Ezio, intentando recuperar el aliento.

—Pero no me ganarás hasta lo más alto de la torre —replicó

Federico, empujando a Ezio a un lado, y empezó a trepar por la achaparrada torre que las autoridades municipales pensaban sustituir por algo de diseño más moderno. Esta vez Federico llegó primero, e incluso tuvo que echarle una mano a su hermano herido, que empezaba a pensar que meterse en la cama no sería mala cosa. Estaban los dos sin aliento y permanecieron un rato recuperándose contemplando su ciudad, serena y silenciosa bajo la luz del amanecer, un resplandor similar al brillo de una ostra.

—Llevamos una buena vida, hermano —dijo Federico con una solemnidad poco propia de él.

—La mejor —concedió Ezio—. Y que no cambie nunca.

Se quedaron los dos callados, ninguno de ellos deseoso de romper la perfección del momento, pero pasado un rato Federico habló en voz baja:

—Que tampoco cambiemos nunca nosotros, *fratellino*. Ven, tenemos que regresar. Allí está el tejado de nuestro *palazzo*. Rézale a Dios para que padre no se haya pasado la noche despierto, o lo sentiremos de verdad. Vámonos.

Se acercó al borde de la torre para descender hacia el tejado, pero se paró al ver que Ezio no se había movido de donde estaba.

—¿Qué sucede?

—Espera un momento.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Federico, volviendo con él. Siguió la mirada de Ezio y a continuación se dibujó una sonrisa en su cara—. ¡Eres un picarón! No pensarás ir ahora allí, ¿no? ¡Deja dormir a la pobre chica!

—No..., creo que es hora de despertar a Cristina.

Hacía muy poco tiempo que Ezio había conocido a Cristina Calfucci, pero parecían ya inseparables, a pesar de que sus respectivos padres los consideraban aún demasiado jóvenes para establecer una alianza formal. Ezio no estaba de acuerdo con eso, pero Cristina tenía sólo diecisiete años y los padres de la chica confiaban en que Ezio controlara sus desenfrenadas costumbres antes incluso de empezar a mirarlo con mejores ojos. Naturalmente, esto sólo servía para hacerlo más impetuoso si cabe.

El día que se conocieron, Federico y él estaban holgazaneando por el mercado principal después de comprarle unos abalorios a su hermana con motivo de su onomástica, viendo cómo las hermosas chicas de la ciudad revoloteaban de puesto en puesto con sus *accompagnatrice*, examinando unos encajes aquí, unas cintas y unos cierres de seda allá. Una chica, sin embargo, destacaba por encima de las demás, la más bella y elegante que Ezio había visto en su vida. Ezio nunca olvidaría aquel día, el día en que por primera vez posó sus ojos en ella.

—¡Oh! —había gritado sin quererlo—. ¡Mira! Es preciosa.

—Sí —dijo su hermano, siempre tan práctico—. ¿Por qué no te acercas a saludarla?

—¿Qué? —Ezio se quedó sorprendido—. Y después de saludarla... ¿qué más le digo?

—Podrías intentar entablar conversación con ella. Sobre lo que tú has comprado, sobre lo que ella ha comprado, da lo mismo. Mira, hermanito, los hombres suelen tener tanto miedo de las chicas bonitas que cualquiera que se arme del valor suficiente para charlar con ella se sitúa de inmediato en una situación ventajosa. ¿Qué? ¿Te crees que no *quieren* que se fijen en ellas, que no *quieren* disfrutar de un poco de conversación con un hombre? ¡Por supuesto que quieren! Además, tú no eres feo, y *eres* un Auditore. Así que ve a por ella... y yo me encargaré de distraer a la carabina. Pensándolo bien, tampoco está tan mal.

Ezio recordó encontrarse a solas con Cristina, clavado en su sitio, sin saber qué decir, emborrachándose de la belleza de sus ojos, su larga y suave melena castaña, su nariz respingona...

Ella se quedó mirándolo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿A qué os referís? —espetó él.

—¿Qué hacéis aquí plantado?

—Oh..., ejem..., es que quería preguntaros una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo os llamáis?

Ella puso los ojos en blanco.

«Maldita sea —pensó él—. Seguro que ya ha oído lo mismo un montón de veces».

—Ni os importa, ni tenéis necesidad de saberlo —dijo.

Y dio media vuelta. Ezio se quedó un momento mirándola, y echó a andar tras ella.

—¡Esperad! —dijo, poniéndose a su altura, jadeando más que si hubiera corrido un kilómetro—. No estaba preparado. Tenía pensado ser realmente encantador. ¡Y cortés! ¡E ingenioso! ¿No me daréis una segunda oportunidad?

Lo miró sin dejar de andar, pero le regaló un débil indicio de sonrisa. Ezio estaba desesperado, pero Federico, que había estado observándolo, le dijo en voz baja:

—¡No te des por vencido ahora! ¡He visto que te sonreía! Se acordará de ti.

Envalentonado, Ezio la siguió discretamente, procurando que ella no se diera cuenta. En tres o cuatro ocasiones tuvo que esconderse a toda prisa detrás de un puesto del mercado o, después de que ella abandonara la plaza, agazaparse en el umbral de una puerta, pero consiguió seguirla con éxito hasta la puerta de su mansión familiar, donde un hombre al que reconoció enseguida le bloqueó a ella el paso. Ezio se quedó rezagado.

Cristina miró al hombre enfadada.

—Ya os lo he dicho, Vieri, no me interesáis. Y ahora, dejadme pasar.

Ezio, escondido, contuvo la respiración. ¡Vieri de Pazzi! ¡Naturalmente!

—Pero *signorina*, yo sí estoy interesado. Muy interesado, de hecho —dijo Vieri.

—Entonces, poneos en la cola.

Intentó pasar por su lado, pero él se le plantó delante.

—Me parece que no, *amore mio*. He decidido que estoy cansado de esperar a que os abráis de piernas por voluntad propia. —Y la agarró bruscamente por el brazo, acercándola a él, rodeándola con su otro brazo mientras ella luchaba por liberarse.

—No estoy muy seguro de que estés captando el mensaje —dijo Ezio, adelantándose y mirando a Vieri a los ojos.

—Ah, el pequeño cachorro de los Auditore. *Cane rognoso!* ¿Qué demonios tienes tú que ver con esto? Al diablo contigo.

—Y *buon' giorno* también a ti, Vieri. Siento mucho entrome-

terme, pero tengo la clara impresión de que estás estropeándole el día a esta joven dama.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Disculpad, querida mía, mientras hago papilla a este advenedizo. —Y con esto, Vieri empujó a Cristina a un lado y arremetió contra Ezio con su puño derecho. Ezio lo esquivó sin problemas y saltó para ponerle la zancadilla a Vieri en el momento en que la inercia de su embestida lo arrastraba hacia delante, enviándolo de bruces al suelo.

—¿Has tenido bastante, amigo? —dijo en tono burlón Ezio.

Pero Vieri se incorporó en un instante y se abalanzó sobre él rabioso, agitando los puños. Le atizó un fuerte golpe a Ezio en la mandíbula, pero éste repelió un gancho de izquierda y consiguió que dos suyos impactaran con éxito, uno en el estómago y, mientras Vieri se doblegaba de dolor, otro en la mandíbula. Ezio se volvió hacia Cristina para ver si estaba bien. Sin aliento, Vieri retrocedió, pero en el mismo instante su mano se desplazó velozmente hacia su daga. Cristina captó el movimiento y articuló involuntariamente un grito de alarma al ver que Vieri hacía descender la daga sobre la espalda de Ezio, que, alertado por el grito, se giró justo a tiempo para agarrar con firmeza a Vieri por la muñeca y arrebatarse la daga. El arma cayó al suelo. Los dos jóvenes se quedaron frente a frente, respirando con dificultad.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer? —dijo Ezio apretando los dientes.

—¡Cierra el pico o juro por Dios que te mato!

Ezio se echó a reír.

—Supongo que no debería sorprenderme verte intentando imponerte a la fuerza sobre una chica bonita que evidentemente te considera una boñiga de estiércol... ¡si tengo en cuenta cómo tu papá intenta imponer a la fuerza sus intereses bancarios sobre Florencia!

—¡Eres imbécil! ¡Es tu padre el que necesita una buena lección de humildad!

—Ha llegado la hora de que los Pazzi dejéis ya de calumniarnos. Aunque claro, eres todo boca y nada de puños.

A Vieri le sangraba la boca de mala manera.

—Pagarás por esto... tú y todos los de tu casta. ¡No pienso olvidar esto, Auditore!

Escupió a los pies de Ezio, se agachó para recoger la daga, dio media vuelta y echó a correr. Ezio se quedó mirando hasta verlo desaparecer.

Recordó todo esto en la torre de la iglesia, contemplando la casa de Cristina. Recordó la euforia que sintió al volverse hacia Cristina y ver un nuevo calor en sus ojos al darle las gracias.

—¿Os encontráis bien, *signorina*? —le dijo.

—Ahora sí... gracias a vos. —Dudó, su voz temblando aún de miedo—. Me preguntasteis antes cómo me llamaba... Me llamo Cristina. Cristina Calfucci.

Ezio hizo una reverencia.

—Es un honor conoceros, *signorina* Cristina. Ezio Auditore.

—¿Conocéis a ese hombre?

—¿A Vieri? Nuestros caminos se han cruzado alguna que otra vez. Pero nuestras familias no tienen motivo alguno para llevarse bien.

—No quiero volver a verlo jamás.

—Si en mis manos está evitarlo, así será.

Ella sonrió tímidamente y dijo:

—Ezio, tenéis toda mi gratitud... y debido a eso, estoy dispuesta a daros una segunda oportunidad, después de vuestro mal comienzo.

Se echó a reír delicadamente y a continuación le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer en el interior de su mansión.

La pequeña multitud que de forma inevitable se había congregado obsequió a Ezio con una salva de aplausos. Hizo una reverencia, sonriendo, pero en el mismo instante en que se marchaba de allí supo que, aunque tal vez había hecho una nueva amiga, también había hecho un enemigo implacable.

—Deja dormir a Cristina —volvió a decir Federico, despertando a Ezio de su ensoñación.

—Ya habrá tiempo para eso... más tarde —replicó—. Tengo que verla.

—De acuerdo, si tienes que hacerlo... intentaré buscarte una

coartada con padre. Pero vigila..., es muy posible que los hombres de Vieri sigan rondando por aquí.

Y con eso, Federico trepó por la torre hasta alcanzar el tejado y saltó desde allí a una carretilla de heno estacionada en la calle que llevaba a su casa.

Ezio lo vio marchar y entonces decidió emular a su hermano. La carreta de heno parecía estar muy lejos, pero recordó lo que había aprendido, controló la respiración, se relajó y se concentró.

Y voló por los aires, dando el mayor salto que había dado en su vida. Por un instante creyó haber calculado mal su objetivo, pero consiguió calmar su pánico momentáneo y aterrizó sano y salvo en el heno. ¡Un auténtico salto de fe! Algo jadeante, pero jubiloso por su éxito, Ezio se lanzó a la calle.

El sol empezaba a asomar por encima de las montañas del este pero aún había poca gente por las calles. Ezio estaba a punto de poner rumbo a la mansión de Cristina cuando escuchó el retumbar de unos pasos e, intentando desesperadamente esconderse, se agazapó entre las sombras del porche de la iglesia y contuvo la respiración. Eran precisamente Vieri y dos de los hombres de seguridad de los Pazzi los que doblaban la esquina.

—Mejor que lo dejemos correr, jefe —dijo el hombre de más edad—. Hace ya rato que se han ido.

—Sé que andan por aquí —espetó Vieri—. Casi los huelo.

Junto con sus hombres recorrió la plaza de la iglesia pero no mostró signos de querer ir más allá. La luz del sol iba encogiendo las sombras. Ezio se arrastró de nuevo con cautela hasta el refugio del carro de heno y permaneció allí durante un tiempo que le pareció una eternidad, impaciente por ponerse en marcha. En una ocasión, Vieri pasó tan cerca que fue Ezio quien casi lo olió *a él*, aunque finalmente Vieri indicó a sus hombres con un gesto de enfado que siguieran adelante. Ezio permaneció sin moverse todavía un rato más, bajó de un salto del carro y exhaló un largo suspiro de alivio. Se sacudió y rápidamente cubrió la corta distancia que lo separaba de Cristina, rezando para que nadie en su casa se hubiera levantado ya.

La mansión seguía en silencio, aunque Ezio se imaginaba que los criados estarían preparando los fuegos de la cocina en la parte de atrás. Sabía cuál era la ventana de Cristina y arrojó un puñado de

gravilla a las contraventanas. El ruido fue ensordecedor y esperó, el corazón en un puño. Las contraventanas cedieron enseguida y ella apareció en el balcón. Su camisón dejaba entrever los deliciosos contornos de su cuerpo. El deseo se apoderó de él al instante.

—¿Quién es? —dijo ella sin alzar la voz.

Él se colocó de manera que pudiera verle.

—¡Yo!

Cristina suspiró, aunque no de un modo desagradable.

—¿Ezio! Debería habérmelo imaginado.

—¿Puedo subir, *mia colomba*?

Ella miró por encima del hombro antes de responder con un susurro:

—De acuerdo. Pero sólo un minuto.

—Es todo lo que necesito.

Cristina sonrió.

—¿De verdad?

Él se quedó confuso.

—No..., lo siento..., ¡no quería decir eso! Deja que te enseñe...

Miró a su alrededor para asegurarse de que la calle seguía desierta, afianzó el pie en uno de los grandes aros de hierro para atar a los caballos clavados en la mampostería gris de la casa, y se impulsó hacia arriba, encontrando con relativa facilidad asideros y puntos de apoyo en el almohadillado del muro. En un abrir y cerrar de ojos se había encaramado a la balastrada y la tenía entre sus brazos.

—¡Oh, Ezio! —suspiró ella, y se besaron—. Mira tu cabeza. ¿Qué has hecho esta vez?

—No es nada. Un rasguño. —Ezio hizo una pausa, sonriendo—. A lo mejor ahora que estoy arriba, podría también pasar.

—¿Pasar dónde?

Era todo inocencia.

—A tu alcoba, naturalmente.

—Bueno, quizás... si estás seguro de que lo único que necesitas es un minuto...

Abrazados, cruzaron las puertas dobles y se adentraron en la cálida luz de la habitación de Cristina.

Una hora después, los despertaba la luz del sol que entraba por las ventanas, el alboroto de los carros y la gente en la calle y, lo peor de todo, el sonido de la voz del padre de Cristina al abrir la puerta del dormitorio.

—Cristina —estaba diciendo—. ¡Es hora de levantarte, hija! Tu tutor estará aquí en cualquier... ¿Qué demonios? ¡Hijo de puta!

Ezio dio un beso a Cristina, rápido pero apasionado.

—Es hora de irme, me parece —dijo, recogiendo su ropa y corriendo hacia la ventana. Se deslizó pared abajo y estaba ya poniéndose el traje cuando Antonio Calfucci apareció arriba en el balcón. Estaba blanco de rabia.

—*Perdonate, messere* —propuso Ezio.

—Ya te daré yo a ti *perdonate, messere* —vociferó Calfucci—. ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Perseguid a ese *cimice*! Traedme su cabeza! ¡Y quiero también sus *coglioni*!

—He dicho que lo siento... —empezó a decir Ezio, pero las verjas de la mansión acababan de abrirse y los guardaespaldas de los Calfucci habían hecho su aparición, empuñando sus espadas. Más o menos vestido, Ezio echó a correr calle abajo, esquivando carretillas y abriéndose paso a empujones entre los ciudadanos, ricos hombres de negocios vestidos de negro solemne, mercaderes vestidos en tonos marrones y rojos, gente más humilde con túnicas de sencillos tejidos e, incluso, una procesión eclesiástica con la que chocó tan inesperadamente que cayó dando tumbos sobre la estatua de la Virgen que transportaban unos monjes con capirotes negros. Por fin, después de escabullirse por callejones y superar muros, se detuvo a escuchar. Silencio. Ya no se oían siquiera los gritos y las palabrotas de la población que lo habían seguido constantemente. Y en cuanto a los guardias, se los había quitado de encima, de eso estaba seguro.

Sólo confiaba en que el *signor* Calfucci no lo hubiera reconocido. Cristina nunca lo traicionaría, seguro. Además, se camelaría a su padre, que la adoraba. Y aun en el caso de que lo descubriera, reflexionó Ezio, no sería un mal enlace. Su padre dirigía uno de los bancos más grandes de la ciudad, y llegaría el día en que sería más grande que el de los Pazzi o incluso..., ¿quién sabía?..., que el de los Medici.

Utilizando callejuelas secundarias, acabó llegando a casa. Con quien primero se tropezó fue con Federico, que lo miró muy serio y sacudió la cabeza dándole una sensación de mal agüero.

—De ésta no te escapas —dijo—. No digas que no te avisé.

